

EN EL VIGESIMO ANIVERSARIO DE LA U. P. B.

Con motivo de la celebración de los cuatro lustros de la fundación de la Universidad, se descubrió una inscripción en mármol, en la que están grabados los nombres de los fundadores.

En tal oportunidad llevaron la palabra los doctores Gonzalo Restrepo Jaramillo, en nombre de los profesores-fundadores, y Luis Arcila Ramírez, en el de los estudiantes-fundadores.

A continuación insertamos los dos discursos.

DISCURSO DEL DR. RESTREPO JARAMILLO:

Nos hemos congregado para descubrir la inscripción en mármol que en apariencia, defiende contra el olvido los nombres de los profesores y alumnos que hace veinte años fundamos la Pontificia Universidad Bolivariana, pero la verdadera significación de este acto es mucho más trascendental y profunda que la ilusoria empresa de perpetuar el recuerdo de quienes fuimos apenas ejecutores casuales de la esforzada voluntad colectiva.

Lo que realmente deseamos perpetuar en el mármol y mantener en el pueblo como elemento básico de supervivencia espiritual, es la voluntad inquebrantable de orientar la cultura universitaria por los caminos de la Cruz. No fueron pequeñeces de secta, ni rivalidades pueriles, ni torvos afanes de política banderiza las fuerzas que nos obligaron hace veinte años a lanzarnos, con fe y sin cálculos, a la magnífica aventura. Algo más hondo resonaba en nosotros: el mandamiento imperativo de la raza que fue en Europa baluarte de la civilización cristiana y al entregar al mundo la inmensidad de América la entregó bautizada. Era la convicción profunda que el conocimiento, como todas las conquistas del hombre, debe enmarcarse dentro del cuadro de los valores morales y de que la ciencia, sin contenido de alma, no es sabiduría. Era la necesidad inaplazable de mantener un reducto universitario donde ardieran simultáneamente el reflector de los microscopios y la humilde lámpara de aceite que acompaña en el recogimiento de la capilla la poblada soledad del Sagrario.

Ese mandamiento de la raza corresponde a las más urgentes

necesidades del tiempo atormentado y grandioso que vivimos, porque no es la ignorancia lo que amenaza al mundo, como en pasadas épocas. Nunca a través de la historia brilló con más radiantes fulgores la inteligencia humana ni se luchó con mayor empeño por romper el muro de plomo de todos los secretos. Si los griegos de los siglos de oro se enorgullecieron de sus conquistas en la filosofía, las artes y la literatura, éste nuestro lanzó la falange de sus anhelos y de sus adquisiciones a lo largo de todos los caminos. Universidades, academias, institutos y pensadores contemporáneos escudriñan cuanto es posible escudriñar. Ciencias políticas y naturales, la constitución física del universo, el mecanismo del cerebro, la esencia del proceso lógico, la escala de las matemáticas, la maravilla de la foto-síntesis, la inmensidad de las galaxias y la pequeñez de los positrones, la tremenda combustión nuclear de las esferas celestes y el delicado proceso vital de las diminutas células, todo se somete al análisis de la mente o a las pupilas de los microscopios. No se contenta ya el hombre con descubrir uno a uno los arcanos de la naturaleza, sino que busca la ley universal que a todos los coordine y regule en una especie de síntesis maravillosa, en tanto que trata de reducir a fórmulas científicas el complicado proceso de las reacciones sociales.

Es allí donde radica el problema y se esconde el peligro, porque el mundo de la inteligencia olvida la muralla de la fe y rompe el natural equilibrio de los valores con la violencia de su orgullo. Por eso Carlos Marx creyó encontrar la ley universal de las relaciones sociales en el materialismo histórico, y buscó el progreso de la humanidad en la síntesis comunista que surgiera de los múltiples choques. La filosofía se convirtió así en la más formidable palanca de acción política de los tiempos modernos y el Dios de los creyentes cedió el campo a ese nuevo dios de cosas materiales, inconscientes e inexorables, en que los arcángeles rebeldes de estos días concretan el NON SERVIAM.

Para mantener en el corazón de los hombres, en el espíritu de las sociedades y en las relaciones de la vida al Dios de nuestros padres, a quien con toda razón llamamos único y verdadero, es preciso impregnar las altas esferas de la cultura con otra ley universal y omnivalente que reemplace la del materialismo histórico y solo hay una posible: el Evangelio.

Desvinculados del orden divino de la creación y de la acción continua de la Providencia, carecen de explicación todos los fenómenos, y sólo queda como recurso para la inteligencia desolada el pozo de aguas muertas de la desesperación existencial.

En esa obra de restauración de ideas fundamentales, que cada uno está obligado a cumplir en su campo, estrecho o anchuroso, se fundó el arranque místico que creó nuestra universidad. Sus ejecutores fuimos hojas que se lleva el viento pero el viento mismo es huracán de fe que mueve montañas. Otros han venido ya y seguirán viniendo en pos de alumnos y maestros fundadores y se pa-

sarán de generación en generación la antorcha inextinguible, en esta carrera de relevos que termina en la eternidad.

Las hermosas fábricas que nos rodean y se multiplican, amparadas por el signo del Pontífice Máximo, y por el recuerdo de la espada que engendró repúblicas, no están destinadas solo a templos del saber sino ante todo a hogares de la sabiduría, aquella posesión del espíritu que constituye virtud, porque es la comprensión de los problemas del mundo dentro del plan divino y el deber del hombre de usar para fines de bondad la tierra que le fue entregada. Aquí se enseña y se enseñará a los alumnos la trascendencia del alma, se funda la libertad en el concepto de lo bueno y se proclama el principio de que nunca es el hombre más digno y soberano de sí mismo que cuando se prostra de rodillas ante el Señor de la Verdad.

Formadora de dirigentes que han de responder más tarde por los destinos de la patria, esta universidad católica enseña también los principios tutelares que constituyen la raíz de los estados y la base esencial de las repúblicas. Aquí se enseña la verdadera concepción del pro común, el respeto de los derechos naturales de la persona humana, los límites de cada potestad, las obligaciones del súbdito y los deberes del soberano. Aquí se doctoran los alumnos no solo en los secretos del conocimiento sino también en la virtud de la justicia, aquella que fue restaurada por el orbe por la palabra sapiente de León XIII. Cómo viviría de acuerdo este mundo loco, si los principios católicos guiaran en su obra de conductores a todos los gobernantes de la tierra!

Con ese espíritu nos incorporamos hace un quinto de siglo a la obra milenaria de la Iglesia Católica. Humildemente llevamos nuestro canto de piedra a la pirámide gigantesca en cuya mole incommovible trabajaron Agustín de Hipona, Alberto el Magno, Tomás de Aquino y centenares de sabios varones que ofrendaron su genio a la labor docente de la esposa de Cristo. A sostener nuestra debilidad vino el recuerdo de Cristóbal de Torres y de Bartolomé Lobo Guerrero, aquellos inspirados levitas que encendieron la inquietud del espíritu en la quietud de la Colonia. Ellos nos enseñaron que en medio de la fragilidad desconcertante de las cosas humanas, del efímero curso de los vaivenes políticos, de la vanidad amarga de lo que hoy es y mañana no parece, hay valores que justifican todos los esfuerzos y desafían los embates del tiempo porque están tocados de eternidad.

Ya muchos de los hombres que figuran en esta lápida fueron grabados por la muerte en la loza de las tumbas. Pidamos para los que rindieron la jornada la luz que no decae y el descanso definitivo en la plenitud de la gloria.

EL DISCURSO DE ARCILA RAMIREZ

Mil novecientos treinta y seis, mil novecientos cincuenta y seis. Dentro de este estrecho marco cronológico se encuentra una obra extraordinaria que no olvidarán los siglos. La Pontificia Universidad Bolivariana.

Como toda obra providencial, esta Universidad surgió de repente, en momentos en que ni los espíritus más clarividentes vislumbrarían siquiera su advenimiento. Por el contrario, el momento histórico de Colombia era el menos propicio para realizaciones espiritualistas. Si su necesidad era patente, la hora había sido calificada de inadecuada por personas que habían notado la necesidad de un instituto de esta naturaleza. Todo mundo hubiera garantizado que en muchos años no llegaría a realizarse una obra de tal magnitud. Pero se produjo el milagro.

Corrían los primeros días del mes de septiembre de 1936. Un grupo de 85 estudiantes de la única Facultad de Derecho que existía en Medellín, habíamos firmado un pacto de honor para retirarnos y no regresar jamás a las aulas, como respaldo a la decisión tomada por 25 profesores católicos, quienes habían dejado sus cátedras por justo motivo. Nos encontrábamos recorriendo calles en grupo y platicando acerca de nuestro movimiento y de nuestro incierto y vacilante futuro. El segundo día quizás, al llegar al parque de Berrío, Colombia x Bolívar entre las diez y once de la mañana, Dios iluminó nuestro camino, con una luz rara, al fijar en nuestras mentes nerviosas y agitadas, la idea irrevocable de no permanecer ociosos. Vino a nuestra memoria la sentencia de Balme: "No debemos tener el entendimiento en inacción, con peligro de que se ponga obtuso y estúpido". Por unanimidad y con entusiasmo desbordante, resolvimos rogar a los profesores, a quienes acompañábamos en el movimiento, que nos dictaran clases gratuitamente. En las horas de la tarde, después de algunas reuniones en el periódico "La Defensa" y de una acción conjunta, ya teníamos tres piezas que don Alejandro Angel nos había cedido, sin cánon alguno, en el Pasaje Bolívar, frente al Teatro Granada, en uno de los barrios más turbulentos de la ciudad. Unas pocas bancas desvencijadas, restos del Congreso Eucarístico, constituyeron el mobiliaje de la naciente universidad.

Nuestra briosa y bella juventud de entonces, miraba el porvenir con entusiasmo y con un desafiante optimismo y no quería detenerse un solo minuto en el sendero. Pero nos faltaba lo principal. Estaba preparada la nave, aunque débil, maltrecha e insegura; pero faltaba el piloto. El acierto o desatino en este particular sería decisivo. Una nueva Luz Divina iluminó nuestras inteligencias! Todos miramos en el Padre Sierra, Cura de la Vera Cruz, al rector que nos llevaría al triunfo. Elegido popularmente y por unanimidad,

marchamos llenos de alegría y de fe hacia la citada parroquia, a comunicarle nuestra extraña decisión, propia más bien de desequilibrados mentales, que de estudiantes de derecho. El Padre Sierra, quien ya había recibido la inspiración Divina, por toda respuesta tomó su sombrero y su sobretodo y marchó con nosotros hacia Guayaquil, a tomar posesión de la rectoría. Ya teníamos rector!

Nuestro movimiento que, aunque impregnado de impulsos de juventud, era consciente, voluntario y firme, hubiera fracasado si una autoridad rectora, inspirada por la Providencia, no hubiera ocupado la torrecilla de comando y con voluntad firme mirara al porvenir sin que su fe desmayara un solo instante. Pero, faltaba algo: Se necesitaba Decano para la Facultad de Derecho. Dentro de los profesores dimitentes fue escogido Juan Evangelista Martínez, jurisconsulto de fama, hombre sabio, inmaculado, sencillo, amable y jovial.

El movimiento de profesores y estudiantes ya se encontraba por caminos firmes. Tanta importancia y seriedad encontró en él Monseñor Tiberio Salazar y Herrera, que el 15 de septiembre decretó la fundación de la Universidad Católica Bolivariana. Dios iba guiando los pasos de los que debían colaborar en la extraordinaria obra espiritualista. En esta vez también la Providencia tomó como instrumento de sus extraordinarias realizaciones, gentes sencillas e ignoradas.

Pero la Universidad no podía limitarse a formar abogados. Era necesario preparar los bachilleres para las distintas facultades que se fundarían. El ojo avizor del Padre Sierra escogió para el decanato de bachillerato a otro de los profesores del grupo. En este caso su celo se extremó, porque no se trataba de escoger un decano sino de elegir al que, en el transcurso de corto tiempo, habría de ocupar, en su reemplazo, la torrecilla de comando de la Universidad. La Providencia permitió complacida que el doctor Félix Henao Botero, hoy día nuestro rector Magnífico, ocupara este cargo de distinción y responsabilidad.

Bajo el apoyo decidido del Pastor, sin patrimonio material y animados de la fe en Dios, emprendimos la obra. Deseábamos profesores y estudiantes de entonces, que al poner el entendimiento en acción, al avivarle y ejercitarle, la luz que lo iluminara fuera buena para que no lo deslumbrara y bien dirigida para que no lo extraviara!

El catolicismo de los fundadores de esta universidad, emerge de las propias entrañas de la raza, porque en esta parcela de la Patria, al abrir los ojos a la vida, encontramos unos padres que aman, adoran y respetan a Dios y luchan por observar su decálogo. Hijos de tales padres los fundadores, no podíamos ser inferiores a ellos en el momento de las definiciones. Deseábamos avivar nuestros entendimientos, ejercitarlos, pero aspirábamos a luz bien dirigida para que no nos desviara del camino de Cristo.

La grandeza de la Universidad es conocida, respetada y ama-

da, no sólo por quienes tenemos vínculos eternos con ella, sino por aquellas personas que pudiéramos llamar extrañas. Su prestigio es algo admirable, incompatible con su desconcertante juventud. No pecaríamos de paradójicos si le aplicáramos lo que, en la genial obra de Cervantes informaba el héroe manchego a don Diego de Miranda: "Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia".

Después de veinte años de existencia, ya no la integran 85 estudiantes y 25 profesores, como en el momento inicial. Contemplamos con asombro sus realizaciones en los campos moral, intelectual y material. Cuenta hoy la Universidad con numerosas secciones: Derecho y ciencias políticas y sociales, ingeniería química, arquitectura urbanística, ingeniería eléctrica, filosofía y letras, arte y decorado, escuela de servicio social, economía y comercio, bachillerato, preparatoria, círculo femenino de estudios, círculo obrero y talleres.

En la actualidad cuenta con 2.668 estudiantes, de los cuales 16 son extranjeros. Cuenta con 300 profesores, escogidos entre lo mejor del país. La construcción de la ciudad universitaria avanza a paso acelerado lo mismo que su templo, hermosa obra arquitectónica. Sus laboratorios están a la altura de los mejores del país. Su biblioteca es bien seleccionada, bien organizada y mejor dirigida. No se busca acumular libros, como en una especie de museo, sino hacerlos leer para que presten su función natural a los estudiantes y profesores. Sus publicaciones tienden a alimentar el espíritu con sabias enseñanzas. La universidad aspira a albergar en sus aulas no menos de diez mil estudiantes.

Monseñor Félix Henao Botero, rector Magnífico de la Universidad, al ocupar la casilla de comando que dejara vacía Monseñor Sierra, se empenó en continuar la obra maravillosa. Quince años de dirección, con tan extraordinarias realizaciones, pregonan el acierto del rector agónico, al señalarlo como a su digno sucesor. Lo maravilloso de la obra —bueno es anotarlo— no se reduce al acto de la fundación. Muchas cosas se realizan en un momento dado, con fines nobles y bajo los mejores auspicios; pero al poco tiempo si no hay quien perpetúe la idea con su acción, la iniciativa decae y llega el fracaso y la disolución. Por eso se ha dicho que es más difícil conservar el espíritu que crearlo. Si la creación de la universidad fue un milagro, el conservarla y ensancharla, es un milagro permanente. Monseñor Félix Henao Botero, como instrumento de la Providencia, con su claro talento, su energía e intrepidez indomables, su voluntad hecha ascuas para la superación, su rectitud, su jovialidad, su amor inimitable a la universidad, que hace que sus proyecciones vayan al infinito, conduce felizmente este bello semillero de virtudes.

En la Universidad se profesa lo que hemos llamado "espíritu bolivariano", que no es otra cosa que la prolongación en el tiempo

de la mística de sus fundadores, quienes no quisieron crear únicamente una fábrica de profesionales, sino una casa espiritual donde se prepararan los nuevos adalides de la cultura cristiana, para luchar por los excelsos principios de nuestros mayores y para hacer una patria grande y amable, limpia de errores, odios y rivalidades. Sólo en Cristo es amable la vida en sociedad; sin él todo es crueldad, perfidia, concupiscencia; el hombre es lobo para el hombre, o como felizmente anotara el Padre Rivadeneira, el hombre vive entre enemigos.

Nuestra universidad prepara soldados del espíritu. En esta lucha sin cuartel contra los enemigos de Cristo y de la patria, es mil veces más importante la milicia espiritual que la milicia de los músculos, porque, como dijo recientemente Adenauer, canciller de la Alemania Occidental, al referirse al discurso de Su Santidad, "donde el espíritu es amo hay libertad, y donde el espíritu no es amo, hay esclavitud y la libertad no existe". En este hogar del espíritu se enseña a los estudiantes a conocer, amar y defender la verdad; pero también se les enseña a amar la libertad y a luchar por ella con alma de cruzado, porque de nada serviría conocer la verdad si estuviéramos obligados a adherir al error, a practicarlo y a vivir en él?

En los últimos períodos del mundo como observara un pensador colombiano, se observa una tremenda situación de desequilibrio, en que, gradualmente, pero con ritmo más acelerado a lo último, ha venido cayendo la inteligencia, llevada por pruritos contemporáneos a un creciente abandono de las especulaciones del espíritu, para ofrecer todo su empeño a las ciencias experimentales, a los fetichismos de la técnica. La maquinaria se convirtió en el sostén de una civilización materialista, en el ídolo monstruoso, a cuyo servicio se encadena la humanidad embrutecida. Desaparece el emblema del Gólgota, signo de sufrimiento redentor, y la patria celestial que esperamos y anhelamos los católicos, naufraga por inútil. La vida presente, esta vida efímera, sin halagos duraderos, sin proyecciones de grandeza, que sostenemos apenas como la llama de una luz vacilante y paroxística, constituye la totalidad del horizonte.

El sentido materialista de la existencia, que ha enfermado varios siglos y ha colocado el presente en estado paroxismal, debe ser combatido con la educación. El educador cristiano debe ser un cruzado insomne, que a todas horas, con su voluntad en ascua, luche por la doctrina del Salvador. La época presente requiere una nueva civilización. Los errores contemporáneos conducen a la humanidad al abismo y es forzoso detener su marcha. Si de la niñez deseamos sacar hombres de carácter, firmes en sus principios, decididos defensores de las doctrinas de Cristo, no podemos dejarlos navegar al impulso de su instinto. Encuéntrase el niño al recibir la luz de la razón, con horizontes amplísimos, que bárbaros instintos de la heredada culpa, lo inducen a destruir. Decídese su voluntad a moverse a sus anchas sobre el vasto espacio. Considérase se-

ñor de sus caprichos. Quisiera despedazar de un golpe certero las estatuas grandiosas de la virtud, del deber y la abnegación, para precipitarse en los abismos del libertinaje, ausente de Dios y de su Ley. Esto ocurriría inexorablemente, si manos maestras, si el artífice no convirtiera en fuerza útil la rebelde pujanza.

La educación, como expresara Monseñor Dupanloup, "debe formar al hombre en el niño, hacer del niño un hombre, y situarlo en la vida hecho ya hombre". Esa es la misión de la Universidad! Recibir niños de los hogares, prepararlos intelectual y moralmente, y entregarlos a la sociedad hechos ya hombres, listos a engrosar las cruzadas del espíritu.

La época presente exige un catolicismo activo. Su Santidad Pío XII declaró el dos de este mes que la Iglesia Católica sufre en la actualidad "la más peligrosa persecución que jamás haya conocido". No pueden los educadores de hoy ser indiferentes a la cuestión religiosa porque entonces el estudiantado, al ver que se conservan esas cuestiones al margen de los programas, se acostumbran a estimarlas indignas de su atención. Forsozo es exigir al educador de ahora, que cultive con igual esmero el alma donde residen las potencias superiores y el cuerpo donde reside el alma.

El Padre Dezza, en el reciente Congreso de universidades católicas, manifestó que no puede haber progreso sino en el sentido cristiano y que es necesario que los católicos se den cuenta de que la universidad no es solamente el recinto donde se va a aprender una profesión, sino, principalmente, un centro en el cual se hacen las investigaciones que dan a conocer los problemas de la hora para darles soluciones católicas. Dijo que el catolicismo debe mantenerse en beligerancia frente a las disolventes ideas que propugnan el materialismo en cualquiera de sus formas. Hizo resaltar la necesidad imperiosa de que las universidades sean el centro del cual salgan los conductores de la sociedad, con formación católica y con soluciones católicas. Como conclusión irrefutable, agregó el mismo autor, de que "es imposible que exista progreso social sin catolicismo en la educación".

Nuestra Universidad, nacida de una heroica gesta del espíritu, conserva la mística de los varones que le dieron vida y aspira a imponer la verdad, en cruenta lucha con los errores que amenazan de muerte los principios cristianos. Sólo con estos principios podrá aspirarse a una paz duradera en este mundo y a una paz eterna en el otro. Si todos miráramos hacia el Calvario, fuente inagotable de bondad, sabiduría, luz y tranquilidad espiritual, el mundo tomaría rumbos diferentes, entraría por sus cauces naturales, y así recuperaríamos la patria perdida por el pecado de nuestros primeros padres.

Con razón escribió don Marco Fidel Suárez, en su célebre oración a Jesucristo:

"Cristo ilustra, pues, nuestro entendimiento y educa y reforma nuestro corazón, enalteciendo de esta suerte todas las poten-

cias humanas: es la causa más fecunda de civilización, bajo el concepto de las ciencias, de las artes y de las virtudes; es cabeza y vida de su Iglesia, así como salud de la sociedad y la base más sólida de los estados y su mejor pacificador y maestro: domina el orbe y es el centro de la historia y el foco y núcleo de los tiempos: de su persona divina irradian lo verdadero, lo bello y lo bueno en misteriosa trilogía, infinitamente más fecunda que la trilogía hegeliana”.

Para terminar, justo es dar una mirada al pasado, para recordar a quienes intervinieron en la construcción de los cimientos de la casa espiritual que habitamos: Tiberio Salazar y Herrera, Manuel José Sierra, Juan Evangelista Martínez, Manuel Restrepo Jiménez, Bernardo Echeverri Villegas, Manuel J. Betancur, Francisco Cardona, Abelardo Tamayo, Alcides Grau del Valle, Baltazar Uribe y otros más, que ya pasaron a las regiones de la Divinidad, para contemplar desde su puesto de avanzada, el progreso vertiginoso de la universidad, son como piedra angular de esta magna casa del espíritu. Volvamos corazón y pensamiento hacia aquellos a quienes nos ligan amados eslabones de fe, de esperanza y de propósito; a quienes debemos, en mucha parte, la casa espiritual en que habitamos y la mística que nos anima. Volvamos hacia ellos para que su memoria nos aliente y su ejemplo nos proporcione estímulo!

Compañeros fundadores: Esta placa conmemorativa de uno de los hechos históricos más importantes de Colombia, constituye un gran honor, quizás el mayor de vuestra vida. Pero es un honor muy merecido. Fue obtenido en dura lid. Hoy, después de veinte años, al contemplar las realizaciones maravillosas, no os queda otro camino que derramar lágrimas de emoción y de agradecimiento con la Providencia. Pero, sabed una cosa: Vuestro deber no está cumplido. Todo día, y a todas horas, debéis recordar a vuestra madre espiritual. No sólo debéis ser un fiel guardián de los principios aprendidos sino un verdadero apóstol del espíritu bolivariano, para luchar por el engrandecimiento de la universidad y por el bienestar, en todos los campos, de nuestros hermanos bolivarianos. Este deber es permanente, mientras vivamos.

Compañeros bolivarianos de todas las secciones: de vosotros es el porvenir!